

CONTROVERSIAS SOBRE LA AUTONOMIA: TAREAS DE LA PSICOLOGÍA CRÍTICA EN LOS EQUIPOS DE TRABAJO Y LA EVALUACION DE PROGRAMAS SOCIALES

Adriana Kaulino¹

Los argumentos presentados en este capítulo tienen por objetivo aportar recursos conceptuales para los equipos que trabajan en programa sociales, cuando estos deben enfrentarse a algunas paradojas relativas a la ampliación de su propia autonomía. El orden de la exposición de los argumentos es la siguiente: i) se establece la controversia en torno a la noción de autonomía exponiendo la diferenciación entre la autonomía como ideología y como criterio normativo orientador de acciones políticas de emancipación y transformación; ii) se identifica el rol de la psicología en la conversión de la autonomía en ideología; iii) se propone una psicología que pueda contribuir tanto a la crítica de la autonomía como ideología como a su reconstrucción en tanto criterio normativo; y finalmente, iv) se expone una matriz para la noción de autonomía construida desde las obras de Habermas y Freud como un aporte a las tareas crítica y reconstructiva de la autonomía en tanto criterio normativo que permita pensar lo posible e imaginar lo imposible.

1. La autonomía bajo sospecha: principales hallazgos del Fondef en relación a la noción de autonomía

Un hallazgo interesante en el proyecto Fondef al trabajar con directores de programas sociales públicos y directorios de fundaciones sociales o algunas empresas, es que si bien concuerdan con un enfoque de derechos y ampliación de autonomía para los usuarios de esos programas, explicitan diversos grados de resistencia a la propuesta de ampliación de autonomía para los equipos profesionales que llevan a cabo la intervención del programa. Sus mayores temores están referidos a la posibilidad que el programa se distorsione, a la pérdida de control sobre el programa general.

Esa paradoja resulta clave: ¿porqué se vuelve la autonomía una zona de controversia? Contenida en el componente sobre equipos de trabajo, en una variable sobre el grado de autonomía del equipo, lo que se pregunta es en realidad simple, como se puede observar a continuación:

Grado de autonomía equipo de trabajo para ajustar las dimensiones estratégicas del programa.	El equipo de trabajo tiene autonomía para ajustar ciertas dimensiones de la oferta: a) Acciones, prestaciones y beneficios. b) Definición de objetivos. c) Tipos de usuarios. d) Tiempo de duración. e) Recursos humanos, materiales monetarios. f) Resultados esperados en ese tiempo.
--	---

¹ Dra. en Psicología Universidad de Chile. Magíster en Psicología Social Universidad Federal de Río de Janeiro. Directora del Magíster en Psicología Social de la Universidad Diego Portales. Académica de la Facultad de Psicología de la Universidad Diego Portales. Co investigadora proyecto Conicyt Fondef IT13I10020 adriana.kaulino@udp.cl

En la medida en que los ajustes sean posibles en más de estos tópicos, se podría deducir que el grado de autonomía entendida como posibilidad de ajuste sería mayor. Sin embargo, la resistencia provocada es doble: en los equipos porque se experimenta como una imposibilidad. Se sostiene que no se puede realizar lo anterior porque el programa “ya viene diseñado, regulado y sólo hay que ejecutarlo”. En relación a esta primera cara de la contradicción, lo que se opaca es la posibilidad cierta de re-diseño, de ajustes locales, de preguntas específicas por las formas de intervención; que llevaran no a distorsionar el programa sino justamente a que éste aumentara su efectividad. El segundo rostro de la resistencia es el temor de los niveles directivos acerca de la capacidad de desarrollo de estos ajustes en los equipos. Una y otra muestran una lógica dicotómica existente entre diseño y ejecución. Para enfrentar esas dicotomías es clave mostrar las propias controversias existentes sobre el concepto de autonomía, ya que su reflexión podría mostrar mejor la cuestión contenida en esta paradoja.

2. Controversias sobre el concepto de autonomía: emancipación e ideología

El concepto de autonomía ha sido un principio normativo central para el pensamiento político y para las democracias modernas. Sin embargo, este concepto se ha visto neutralizado, ya sea por su reducción a un ámbito individualista, ya sea por los ataques críticos que han develado el contenido y función represores implícitos en él.

Las críticas feministas, postcoloniales, postestructuralistas y comunitaristas han denunciado los vínculos entre el concepto moderno de autonomía y las formas de dominación de las diferencias y minorías sociales. Todas estas críticas concuerdan que el concepto de autonomía se refiere a un residuo anacrónico de la modernidad pues sus bases fundacionales – el sujeto transparente, la razón universal y la voluntad masculina – han sido irremediablemente socavadas, dejando expuesta su fragilidad como categoría normativa orientadora (Kalyvas, 1998, p.161).

No obstante la indudable pertinencia de las críticas a la noción moderna de autonomía, su totalización provocó un ataque devastador cuyo resultado ha sido el paulatino desprestigio de esta categoría como referente normativo y crítico de las situaciones de dominación existentes. En este sentido, se ha asociado la crisis del pensamiento crítico a la “muerte de la autonomía” pues esta despedida apresurada ha dificultado, precisamente, la discriminación entre el uso ideológico de sus contenidos normativos y las legítimas apelaciones a su realización histórica.

Las consecuencias son preocupantes, pues cuanto más se identifican las apelaciones a principios universales y normas sociales con estrategias de homogeneización, control e individualismo posesivo, más difícil se torna la justificación de las instituciones democráticas y las prácticas de participación. Asimismo, se debilita drásticamente la efectividad de una crítica dirigida a las estructuras de dominación del estado capitalista.

Lo curioso de esta situación, es la insistente apelación discursiva a la responsabilidad y supuesta autonomía de las personas y sociedades en el contexto contemporáneo. Pareciera que las críticas feministas, postcoloniales, postestructuralistas y comunitaristas a la noción ilustrada de autonomía, hicieron un flaco favor al pensamiento crítico al vaciar de contenido normativo una noción que se presta, actualmente, a un uso ideológico.

Sin embargo, lo paradójico de este contexto es que el uso ideológico de la noción de autonomía y autodeterminación sólo es posible si se preserva, en alguna medida, su

apelación normativa. Quizás, este sea uno de los núcleos de autenticidad al que se refiere Theodor Adorno al reconocer la presencia necesaria, aunque invertida, de la verdad en toda ideología.

Ahora bien, si la crítica a la autonomía ilustrada puede haber conducido a su neutralización como categoría crítica y/o a una expansión del uso ideológico de su contenido normativo, también es cierto que ha provocado al pensamiento social crítico a reflexionar sobre sus limitaciones y las posibilidades de su revitalización.

En este sentido, autores como Habermas, Apel, Honneth y Castoriadis han recolocado la noción de autonomía en el centro de la discusión acerca de las actuales formas de dominación y, por ende, de las posibilidades de emancipación. En todos los casos, el pensamiento crítico ha de asumir esta reflexión desde un horizonte en que no es más posible invocar a ningún fundamento último. Es decir, la crítica hoy tiene que moverse en un suelo postmetafísico desde el cual no es posible justificar las acciones autónomas apelando a alguna forma de fundamentación metafísica.

Tratase, por tanto, de revitalizar la dimensión emancipatoria de la autonomía que debe sostener unos contenidos normativos pero, a la vez, renunciar la fundamentación última. Uno de los desafíos estriba, precisamente, en cómo renunciar a los fundamentos últimos y no caer en un relativismo en el cual los valores son cuestiones de fe y todas las evaluaciones morales son el producto de una elección subjetiva orientada por los sentimientos y emociones privados (MacIntyre, 1987).

Consecuentemente, uno de los retos del pensamiento crítico actual se refiere a la revitalización de la categoría de autonomía en tanto construcción histórica que se constituya, a la vez, en un referente normativo que permita a la crítica encontrar las mediaciones entre validez y facticidad, entre lo existente y lo posible y entre lo posible y lo imposible. Lo anterior posibilitaría defender la superioridad de una sociedad autónoma develando, al mismo tiempo y críticamente, a la autonomía como ideología. En consecuencia, una de las principales tareas de una psicología crítica es develar aquellos saberes y prácticas psicológicas que participan en la constitución y operación de la autonomía como ideología.

3. Las tareas de una psicología crítica

Después de Foucault, la psicología y sus pretensiones científicas de neutralidad, sufrieron un golpe desmitificador inapelable (Hook, 2007). Durante las décadas de 1960 y 1970, en los escritos de Foucault se desplegó “un discurso crítico de la modernidad donde la noción de libertad se refiere a prácticas (psiquiátricas, jurídicas, filosóficas, comerciales, etc) constitutivas de las redes de saber, poder y verdad”. (Ortiz, 2010, pág. 219). En este sentido, a partir de los años ochenta del siglo pasado, surgen desde el interior de la propia psicología diversas críticas que exponían a la disciplina como un conjunto de teorías y prácticas funcionales a los regímenes de disciplinamiento y control social. Por otra parte, los trabajos posteriores de Foucault sobre la biopolítica dieron paso a una perspectiva crítica en psicología orientada a investigar y exponer a la disciplina como un dispositivo de gubernamentalidad de las sociedades liberales y neoliberales. Desde entonces, gran parte de la producción de la psicología crítica se refiere a la investigación de aquellas prácticas psicológicas de subjetivación que participan de las diversas estrategias de gubernamentalidad operantes en las sociedades contemporáneas.

Ahora bien, no obstante el innegable empuje del enfoque foucaultiano en las críticas de los saberes y prácticas psicológicas, es pertinente recordar que la propia psicología

crítica está constituida por perspectivas teóricas, localizaciones geográficas y culturales así como filiaciones históricas y filosóficas bastante diversas entre sí. En este sentido, han sido notables los esfuerzos por reconstruir la unidad de este variopinto conjunto de teorías y prácticas identificado como psicología crítica (Teo, 1999, 2011, 2015; Fox, Prilleltensky & Austin, 2009; Hook, 2004).

Así, según Teo (2015) la psicología crítica hoy día presenta diferentes tendencias tanto teóricas como prácticas. Sin embargo, a pesar de esta diversidad sería posible reconstruir su unidad en torno a los siguientes ejes: las relaciones entre la subjetividad individual y la sociedad, el rol del poder en la disciplina, el problema de la subjetivación/sujeción, la importancia de la reflexividad e intersubjetividad en el contexto de las prácticas de investigación, las metodologías de cambio orientadas a diferentes contextos, y las posiciones ético-políticas desde las cuales los psicólogos críticos operan (Teo, 2015, pág. 1). En otras palabras, desde un punto de vista metateórico y metaempírico, el autor identifica como tópicos centrales de la psicología crítica: a) concepción de la subjetividad como arraigada socialmente; b) los procesos de psicologización; c) el uso y reconocimientos de epistemologías sociales y de la intersubjetividad en los procesos de investigación; d) la construcción y empleo de metodologías de cambio; y e) la construcción y el reconocimiento explícito de posiciones ético-políticas.

Por otra parte, en cada uno de estos ejes existen importantes similitudes y diferencias conceptuales y prácticas. Por ejemplo, aunque toda psicología crítica concibe a la subjetividad como situada o arraigada socialmente, la comprensión de los procesos constitutivos de la subjetividad dependerán de la teoría social desde la que se fundamenta tal comprensión o explicación.

Ahora bien, con relación al concepto de autonomía, también en la psicología crítica existen controversias. Así, cuando los psicólogos críticos se refieren a la psicologización, tratan de develar el proceso histórico, social y cultural de la creación de un self que se experimenta como autónomo. Sin embargo, no existe consenso en torno al concepto de autonomía que se utiliza en las investigaciones acerca de los procesos de psicologización.

Si bien no es posible encontrar en la propia psicología crítica un concepto compartido de autonomía, el término psicologización permite ciertos acuerdos entre los psicólogos críticos. Para la crítica de la autonomía como ideología, el compromiso compartido por los psicólogos críticos con la deconstrucción de categorías, conceptos, tecnologías y prácticas psicológicas resulta ser una interesante herramienta de análisis.

La deconstrucción de los saberes y prácticas psicológicas permite develarlos como constitutivos de los modos en que los individuos se relacionan consigo mismos y con los otros. En este sentido, diversos autores han analizado los procesos de psicologización como constitutivos de una identidad individual ocupada de sí misma y orientada por una cultura psicoterapéutica cuyo principal mandato es la autorrealización personal a través de la actualización del self (Illouz, 2010; Imber, 2004; Madsen, 2014; Pfister & Schnog, 1997; Wright, 2011). En consecuencia, la psicologización representa el proceso de interiorización de conflictos, tensiones y luchas sociales, en el ámbito "psicológico" de cada individuo.

Esta cultura terapéutica se habría desarrollado desde inicios del siglo XX simultáneamente con los procesos de individualización. Más precisamente, las personas habrían encontrado en la psicología clínica y la psicoterapia los referentes institucionales y culturales que orientaron en una determinada dirección los procesos de individualización. Esta dirección es la salvación del alma moderna ahora entendida

como el sí mismo, como el self -un mundo interior en el que reside la verdad que cada uno debe descubrir, explorar y ponerla a servicio de la actualización del propio self. La autonomía es entendida, entonces, como un proceso infinito de liberación de la autoridades externas y de responsabilización por sí mismo (Illouz, 2010; Madsen, 2014).

La formación de una cultura terapéutica en la cual se realizan los procesos de individualización, provoca el desplazamiento de las causas y soluciones a problemas de justicia social desde el ámbito social y político hacia el mundo interior del individuo, hacia su propio self. Aunque la lógica terapéutica reconozca, muchas veces, que el sufrimiento psíquico deriva del ámbito de la sociedad, el foco es puesto en las fuerzas, habilidades, competencia, fuerza de voluntad, determinación y deseo de los individuos para salir de su condición de víctimas de esta misma sociedad que le “enfermó”. El individuo es víctima y, a la vez, el único responsable por su salvación-cura-superación. Desde esta gramática, la autonomía es considerada como la capacidad individual de superación a través del descubrimiento de sus propias potencialidades de actualizarse, de volverse “mejor”. Una autonomía que no requiere del otro ni tampoco de la política.

En este contexto socio-cultural dominado por metáforas, representaciones e ideales psicoterapéuticos –permanente ocupación con la salud emocional, la autorrealización y la actualización de sí mismo- se ha desarrollado en la última décadas un modelo de individualización que provoca una mayor intensificación de la lógica psicoterapéutica. Desde fines de los años 70, las nuevas metáforas derivadas del mundo de la gestión empresarial y la lógica de acumulación capitalista, se han integrado paulatinamente al ideario de la cultura psicoterapéutica. Desde entonces que la actualización del self depende, cada vez más, de una mejor o peor gestión del sí mismo. Así como la lógica de la acumulación capitalista se refiere a la intensificación infinita de la producción del propio capital –y no de objetos o mercancías específicas-, la salvación del alma hoy estriba en la capacidad de cada uno de gestionarse a sí mismo, y de incrementar e invertir en sus propias fuerzas y proyectos de una manera eficiente y exitosa (Triantafillou & Nielsen, 2001).

En la actual cultura psicoterapéutica en la que se suman los ideales del mundo empresarial, el self es el gerente de sí mismo y la autonomía corresponde a atributos como la flexibilidad y la responsabilidad por sus propios éxitos y fracasos. La relación con uno mismo es experimentada, cada vez más, desde metáforas del mundo financiero: ahora uno invierte en sí mismo –en el cuerpo, salud, educación, etc- para incrementarse como “capital humano”. El fracaso de este proyecto de sí mismo corresponde a una mala gestión de las fuerzas, capacidades y potencialidades individuales para generar y maximizar las oportunidades de éxito. En este caso, los saberes, prácticas y tecnologías psicológicas aparecen como recursos a los que se puede apelar para reponerse de los fracasos y aprender a ser un mejor gerente de sí mismo. Es evidente el rol de los psicólogos en estos procesos: representan la autoridad socialmente instituida que confirma la responsabilidad individual, una vez que busca en los propios sujetos las causas de la “enfermedad o conflicto” así como los medios por los cuales se puede superar el sufrimiento psicológico. Indudablemente, aunque no son los únicos, lo/as psicólogo/as son agentes fundamentales de los procesos de psicologización.

En este sentido, la crítica de la autonomía como ideología requiere de un trabajo permanente de des-psicologización. Y así como los profesionales de la psicología promueven la psicologización de “lo social”, la reversión/deconstrucción de este proceso también debería encontrar en estos expertos sus principales agentes. Los profesionales formados en la psicología, manejan un conjunto de categorías,

conceptos, tecnologías y técnicas de intervención que los hacen particularmente sensibles para identificar las naturalizaciones de “lo psicológico”, es decir, la transformación de las dimensiones históricas y socio-culturales en fenómenos psicológicos referidos al ámbito individual. En este sentido, la tarea de la psicología crítica hoy es, curiosamente, anti-psicológica; corresponde a una lucha contra la propia psicología. Este sería un programa crítico negativo que parece ineludible si el objetivo es recuperar deconstruir la autonomía como ideología.

Ahora bien, la psicología crítica también puede comprometerse con un programa positivo que se haga cargo de la reconstrucción de sus categorías, conceptos y lógicas de intervención. En este programa positivo, surge como una oportunidad para la psicología crítica el re-significar, desde otra gramática, la noción de autonomía. En este sentido, las diversas teorías crítica actuales indican hacia la misma dirección: la autonomía liberada de ideología debería requerir, necesariamente, el otro y lo público. En consecuencia, a continuación se presentará una matriz conceptual elaborada desde las obras de Jürgen Habermas y Sigmund Freud, que representa una oferta tanto para la tarea deconstructiva como para la de re-construir una noción emancipadora de autonomía.

4. Pragmática y sospecha: contribuciones de Habermas y Freud a la reconstrucción de la noción de autonomía.

Si el pensamiento foucaultiano fue de una inestimable importancia para el desarrollo de la crítica de la psicología, sus límites y aporías también han suscitado un interesante debate en torno a las posibilidades de una psicología emancipadora y libertaria. Y este debate no se ha cerrado, en parte porque la propia tradición reflexiva y crítica de la psicología no se ha resignado al desalentador destino de constituirse como un saber al servicio de la dominación.

Es desde esta tradición y del diálogo entre psicología y filosofía que una *constelación* freudo-habermasiana de la autonomía podría contribuir a la revitalización de esta categoría como referente normativo y como fundamento de la crítica ideológica en la actualidad.

De este modo, el análisis comparativo respecto de la noción de autonomía en las obras de ambos autores² permite constituir una constelación conceptual desde la cual la noción crítica de autonomía debería:

1. Suponer un concepto crítico de modernidad para el cual las identidades se desarrollan desde formas particulares de relación con la tradición cultural.
2. Requerir de la solidaridad y la inclusión que permiten evitar que se entienda la autonomía como el incremento del individualismo
3. Referirse a que todo sujeto con competencia comunicativa es libre a la hora de pensar y decidir respecto de las normas justas y valores morales.
4. Implicar el desarrollo de una identidad moral capaz de distanciarse de las normas y valores heredados para volverlos temas de reflexión y crítica.
5. Suponer un cierto grado de coacción del mejor argumento frente a la cual el sujeto debe fundar sus pretensiones de validez desde un juicio propio.

² Las referencias bibliográficas de las obras revisadas se encuentran en: Kaulino, A. (2011): *Pragmática y Sospecha: La autonomía como crítica y proyecto en las obras de Freud y Habermas*. Tesis Doctoral. Biblioteca Universidad de Chile.

6. Reconocer la imposibilidad de cerrar el pasado y de dar cuenta definitiva de sí mismo y reconocer la condición humana de desamparo y de dependencia de los demás así como de la verdad del propio deseo.
7. Asumir la articulación conceptualmente intrínseca entre la autonomía privada y la autonomía pública y reconocer la tensión entre ambos espacios de ejercicio de la autonomía.
8. Exigir la renuncia a la prescripción de aquello que, según los expertos, sería lo más adecuado para los sujetos y reclamar una situación de comunicación libre de coacciones.
9. Finalmente, la autonomía debería corresponder a una capacidad, social e históricamente situada, de autodeterminación desde la cual el ser humano podría elegir quién quisiera ser y cómo quisiera vivir. Lo anterior requiere de un trabajo psíquico que conduce a la disolución de formas de ilusión respecto de la armonía y estabilidad definitivas de la identidad individual. En este sentido, la autonomía es una tarea permanente y precaria de los sujetos que tienen que lidiar, inexorablemente, con una extrañeza e *incompletitud* constitutivas del sí mismo.

Ahora bien, desde estos criterios es posible identificar aquellas apelaciones a la autonomía que corresponden a unos modos actualizados de dominación ideológica que, en nombre de la libertad, logran imponer nuevas formas de responsabilización y de desmovilización política.

Por ejemplo, esta noción crítica de autonomía permite fortalecer los diagnósticos de Boltansky y Chiapello (2002) acerca de las formas de organización de la actividad económica y del nuevo espíritu del capitalismo tardío. Cabe destacar del minucioso trabajo de Boltansky y Chiapello la nueva tensión entre autonomía y control, un tema fundante de la propia disciplina psicológica.

El nuevo espíritu del capitalismo apela a una mayor autonomía y, a la vez, genera nuevos modos de control más eficientes e intensivos que los utilizados por el sistema taylorista de organización de la producción. Por un lado, la nueva gestión empresarial y las actuales formas de organización del trabajo permiten, incentivan y reconocen la capacidad de sus trabajadores para actuar de manera creativa. Sin embargo, a este aumento de la independencia respecto del trabajo vigilado corresponden nuevas formas de control que, en la práctica, reducen las posibilidades de realización y reconocimiento de la autonomía. Además, "muchas personas, en vez de sentirse más liberadas han terminado, por el contrario, precarizadas, sometidas a nuevas formas de dependencias sistémicas y obligadas a soportar, desde una soledad mayor, exigencias de autorrealización y de autonomía indefinidas, ilimitadas, penosas y, en la mayor parte de los casos, desvinculadas de un mundo de vida en el que nada las ayuda a autorrealizarse" (Pág. 30).

Asimismo, a esta renovación de la tensión entre autonomía y control, se suma la tensión entre exigencias de autenticidad y de adaptación. Esta tensión se despliega como una contradicción entre ser alguien flexible que se adapta a los veloces cambios del entorno y ser alguien singular y permanente en el tiempo. El intento constante de armonizar ambas exigencias alcanza, muchas veces, niveles insoportables para la salud mental de las personas.

Finalmente, el espíritu del capitalismo tardío logra penetrar en lo más profundo de lo humano para transformarlo en mercancía; ha liberado al trabajador de las cadenas repetitivas y vigiladas de producción y puede, ahora, mercantilizar la propia interioridad de las personas.

Si utilizáramos los criterios que se despliegan de la constelación freudo-habermasiana de la autonomía, son claras las distancias e incompatibilidades entre estas nuevas formas de apelación a la liberación y las que buscan la realización de una autonomía ampliada. En todos los ejemplos anteriores, no sólo no se cumplen con los requisitos mínimos para la realización de la autonomía sino que se instalan nuevos mecanismos para su obstaculización.

Ahora bien, frente a estos variados mecanismos de *satisfacción* de las demandas por liberación y autenticidad y, a la vez, al despliegue de nuevos modos de opresión y alienación, la crítica renovada debería proponer alternativas de resistencia que fuesen sensibles a este doble movimiento y que lograsen escapar del fatalismo preponderante en el escenario actual. Para ello, las recomendaciones de Boltansky y Chiapello son, básicamente, dos: a) la seguridad como factor de liberación y b) la limitación de la esfera mercantil.

En este sentido, la constelación freudo-habermasiana también se muestra notablemente afinada con ambas recomendaciones. En términos habermasianos, las personas deberían ejercer su derecho a decir que NO a las exigencias que les son impuestas por los sistemas funcionales del mercado y del Estado. Esta ampliación de la seguridad y de la estabilidad permitiría, a su vez, la revitalización de la propuesta psicoanalítica en la medida en que los sujetos tendrían la alternativa de buscar un espacio de experiencia que no estuviera orientado hacia la adaptación a los sistemas funcionales sino que hacia el trabajo psíquico de reconocimiento de los conflictos, de la finitud, del desamparo y, por ende, de la ineludible dependencia del otro.

Con relación a la limitación de la esfera mercantil, Boltansky y Chiapello apelan a la sustracción del mercado de aquellos bienes cuya propia dignidad sería afectada por su transformación en producto (Págs. 597 y 598). En este sentido, la constelación freudo-habermasiana puede ofrecer algunos elementos capaces de fomentar la resistencia contra la mercantilización entendida como un olvido de las relaciones originarias de reconocimiento de los otros y de sí mismo. Por ejemplo, la sospecha freudiana se convierte en una notable resistencia contra la autorreificación en la medida en que enfatiza el trabajo psíquico de reconocimiento de sí, aunque este “sí o sí mismo” sea más bien un elemento de disputa que de consenso entre algunas perspectivas psicoanalíticas.

De todos modos, el examen de la obra de Freud nos autoriza a considerar una relación reificada consigo mismo como el “olvido” de la alteridad, del otro y de lo extraño como originalmente constitutivos del uno mismo. El sujeto que reconoce su condición subjetiva de descentramiento y la imposibilidad de dar cuenta de sí mismo debería resistir, de modo más consistente, a las apelaciones a una autonomía reducida a rasgos identitarios funcionales a las nuevas formas de organización del capitalismo tardío. Así, la sospecha freudiana representa una posición particularmente valiosa para la renovación de la crítica contemporánea.

Para finalizar, no está demás recordar que toda intervención en psicología se orienta por ciertos horizontes normativos y nadie podría sostener la neutralidad de una intervención respecto a valores y convicciones éticas. No obstante, sigue válido el criterio que marca la diferencia entre las intervenciones en psicología que asumen un compromiso con la crítica social y las que buscan eludir cualquier tipo de responsabilidad a través del ensimismamiento metodológico y técnico. Esta última actitud, suele desplazar hacia el exterior los aspectos ético-políticos de la intervención. Por el contrario, para las intervenciones comprometidas con la crítica social, el explicitar sus fundamentos normativos es una obligación teórica y, a la vez, la condición de posibilidad de la propia crítica. Y es a esta tradición en Psicología que la

constelación freudo-habermasiana de la autonomía puede significar una contribución teórica relevante.

BIBLIOGRAFÍA:

- Boltansky, L., & Chiapello, È. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Cushman, P. (1995). *Constructing the Self, Constructing America: A Cultural History of Psychotherapy*. USA: Da Capo Press.
- Fox, D., Prilleltensky, I., & Austin, S. (Eds.). (2009). *Critical Psychology: An Introduction*. London: Sage.
- Hook, D. (Ed.). (2004). *Critical Psychology*. Lansdowne: UCT Press.
- Hook, D. (2007). *Foucault, Psychology and the Analytics of Power*. Hampshire: Palgrave.
- Imber; J. B. (Ed.). (2004). *Therapeutic Culture: Triumph and Defeat*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Illouz, E. (2010). *La Salvación del Alma Moderna: Terapia, Emociones y la Cultura de la Autoayuda*. Madrid: Katz.
- Kalyvas, A. (1998): Norm and critique in Castoriadis's theory of autonomy. *Constellations*, 5 (2), 161 – 180.
- Kaulino, A. (2011). *Pragmática y Sospecha: La Autonomía Como Crítica y Proyecto en las Obras de Jürgen Habermas y Sigmund Freud*. Tesis para optar al grado de Doctor en Psicología. (Inédita).
- Ortiz, N. (2010). Antes y después: las libertades liberales y la radicalización de la crítica foucaultiana. En: V. Lemm (Ed.), *Michel Foucault: neoliberalismo y biopolítica* (pp. 217-243). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Pfister, J., & Schnog, N. (Eds.). (1997). *Inventing the Psychological: Toward a Cultural History of Emotional Life in America*. New Haven: Yale University Press
- Teo, T. (1999). Methodologies of critical psychology: Illustrations from the field of racism. *Annual Review of Critical Psychology*, 1, 119-134.
- Teo, T. (2011). Radical Philosophical Critique and Critical Thinking in Psychology. *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology*, 31(3), 193-199. Doi: 10.1037/a0024708.
- Teo, T. (2015). Critical Psychology: A Geography of Intellectual Engagement and Resistance. *American Psychologist*, 70(3), 243-254. Doi:10.1037/a0038727.
- Triantafillou, P., & Nielsen, M. R. (2001). Policing empowerment: the making of capable subjects. *History of the Human Sciences*, 14(2), 63-86. Doi: 10.1177/09526950122120961.

Wright, K. (2011). *The Rise of the Therapeutic Society: Psychological Knowledge & the Contradictions of Cultural Change*. Washington: New Academia Publishing.